bre, existe otra Academia presidida por el Profesor Manuel Alcalá, y con empeño y desición sostenida por él.

En Tacubaya se tiene otra Academia, que hábil y empeñosamente está presidida por el Profesor Salvador Sifuentes.

Muy pronto serán establecidas en Tlálpam y Xochimilco, cabeceras respectivas de los Distritos de los mismos nombres.

Estadística escolar.

La *Estadística* expresa en guarismos, ya los factores, ya el resultado numérico de determinado orden de fenómenos.

En todo estudio complexo y más aún en los asuntos que se refieren á algunas de las fases de la actividad humana, la consignación estadística es del todo indispensable. Sólo ella, cuando está bien hecha, es capaz de prestarse á correctas deducciones y á oportunas interpretaciones; sólo ella es capaz de señalar algunos errores, puntualizar algunos defectos y hacer fructuosas advertencias.

Muchas son las condiciones que exige una buena *Estadística*, pero por el momento y para nuestras actuales condiciones, nos es bastante con señalar algunas de ellas. Desde luego debe tenerse el mayor cuidado al consignar los datos y al ejecutar con ellos operaciones que sean rigurosamente comparables, pues tanto la suma como la resta sólo pueden efectuarse entre cantidades homogéneas.

Tampoco debe olvidarse al establecer el tanto por ciento que el número ha de ser cuando menos de una centena, pues es siempre incorrecto establecer esta proporción cuando el número de casos de que se trate no llegue á *cien*.

Por último, debe tenerse presente que la bondad de la *Estadística* reside precisamente en la enseñanza que la discusión de sus datos pueda dar; para terminar estos ligeros apuntes consignaremos la última estadística relativa á nuestras escuelas primarias, haciéndola seguir de algunas observaciones en consonancia con lo dicho anteriormente y en sus lugares respectivos.

CAPÍTULO XXI.

§ I.

Historia de la pedagogía.

Su papel en la enseñanza pedagógica.

La Historia de la Pedagogía es la exposición metodizada de la evolución pedagógica en el tiempo y en el espacio.

Tan magna obra es semejante á la escala misteriosa de Jacob, pues partiendo de la inteligencia de una grande y culta porción de la humanidad se propone servir para que pueda escalarse el cielo de la ventura social.

Pero no nos proponemos ahora mostrar tan grandiosa labor, que por sí sola reclama tratado aparte y atención exclusiva; nuestro objeto es más limitado, si bien de capital importancia, y consiste en expresar, con la mayor claridad posible, el carácter que á nuestro entender tiene este estudio y cómo contribuye á perfeccionar los estudios pedagógicos, lo cual hace patente con toda claridad su estudio.

Y terminaremos estas consideraciones de carácter general con la narración sucinta de la Historia de la Pedagogía en México.

Ha solido escribirse la Historia de la Pedagogía exponiendo cronológicamente lo relativo á los maestros y á los asuntos pedagógicos de cada nación; pero si esto trae ventajas para cada una de ellas en particular, tiene mayor número de inconvenientes desde el punto de vista general en que es preciso colocarse, pues al reunir todas estas historias parciales, para hacer la síntesis total, no sólo se encuentran multitud de repeticiones inútiles, sino que también y á la vez se advierten enseñanzas atrasadas en naciones relativamente modernas; por todo lo cual semejante modo de proceder es totalmente inaceptable.

Otros escritores han hecho como Historia de la Pedagogía la colección minuciosa de biografías de los pedagogos de todos los tiempos y de todas las naciones, presentados cronológica-

mente. Aunque esta forma de estudio tiene la ventaja de dar á conocer cada personaje con los medios de que se valió y los beneficios pedagógicos con que contribuyó al progreso humano, trae en cambio la desventaja de que desde el punto de vista general es el estudio más limitado ó más trunco que el anterior, sin dejar de presentar las múltiples repeticiones ya señaladas en el primer modo de historiar la Pedagogía; por consiguiente es obvio comprender que como sistema exclusivo de tratar este asunto es también inaceptable esta forma.

Otros autores, en fin, haciendo abstracción de naciones y personalidades, se han fijado sólo en los asuntos pedagógicos en relación con los tiempos; pero si es verdad que este modo de ver el asunto es de gran interés cuando se quiere averiguar el grado de adelanto pedagógico de la humanidad en cada uno de los siglos que ha recorrido, no es menos cierto que sin dejar de incurrir en repeticiones del todo necesarias, puesto que se trata de muchas naciones en distinto período de su evolución, en una sola época, semejante sistema da menos elementos pedagógicos que los que debiera para la conveniente enseñanza en el momento actual, y en las circunstancias en que está colocado cada uno de los que ejercen el magisterio.

Después de lo dicho, fácil es comprender que el mejor y más provechoso modo de historiar la Pedagogía sería aquel que aprovechando las diversas ventajas de cada uno de los modos transcritos, tuviera el acierto de evitar todos ó el mayor número de los defectes señalados.

A nuestro juicio, creemos que esto es rigurosamente posible si no se toman como objetivo fundamental ni las naciones, ni los hombres, ni las épocas, sino que se procura que todos los elementos sociales contribuyan en el grado que les corresponde á poner de relieve la evolución pedagógica. O lo que es lo mismo, debe estudiarse la *Escuela* en su total evolución, tomando para verla desarrollarse todos los elementos grandes y chicos que la constituyen. De esta manera es preciso tener presente el tiempo, el agregado social y el personaje; pero sin

hacer repeticiones, ni caer en redundancias, ni truncar el asunto, nos colocaremos en un punto de vista esencialmente filosófico, para estudiar el total desenvolvimiento de la *Escuela*, para ver *qué* hay en ella que debamos *aprender*, y qué es lo que debemos *evitar*, apreciando los hechos con el criterio actual en vista de las circunstancias en que se efectuaron.

Concebido así el estudio de la Historia de la Pedagogía, aparece naturalmente que la *Escuela*, ó sea la institución social destinada á la enseñanza, ha tenido tres épocas: la teológica, la metafísica y la científica. En la primera, la enseñanza no servía, ni podía servir, sino para fines ontológicos; ahí están para demostrarlo, en la época *antigua*, la China, la India y el pueblo judío. En la segunda, que coincidió con el hecho de que el gobernante dejase de ser un simple poder teocrático para transformarse en otro más de acuerdo con las nuevas sociedades, ya mejor organizadas, la *Escuela*, sin abandonar aún su ropaje teológico, tuvo por principal fin la conservación y engrandecimiento del Estado; sirvan de ejemplo la Persia y la Grecia, sobre todo en la organización dada por Licurgo á Esparta durante la época antigua, y también en esa época y en parte de la edad media la inolvidable nación Romana.

La tercera época de la *Escuela* apareció desde el momento en que esta institución fué destinada á dotar á cada uno de los enseñados de los medios propios para conseguir su propia felicidad y la ventura de los demás. Esos medios, que no son en suma sino reglas de conducta en la más amplia acepción de esta palabra, tienen como inamovible base la *Ciencia*, y desde ese momento la *Escuela*, por el fin que se propone y los medios que emplea para realizarlo, fué esencialmente científica.

Tal es el supremo grado de adelanto á que ha llegado la *Escuela*, puesto que al indicar su carácter señala su importancia y asegura su eficacia como elemento social.

Para terminar este sucinto borquejo desde el punto de vista filosófico, nos bastará hacer notar que corresponde al siglo diez y nueve la gloria de haber dado cima á ésta que es la más gran-

de de sus obras; á las principales naciones de Europa el haberla realizado, y á Comenius, Pestalozzi y Froebel el ser unas de las personalidades más encumbradas; Comenius, por haber distribuído y organizado la *Escuela* en sus diversos grados, según las necesidades sociales, y señalado la doctrina; Pestalozzi, por haberla dotado de *método*, y Froebel, por haber hecho práctica en la enseñanza la distinción entre la *educación* y la *instrucción*, subordinando ésta á aquélla, y dando como grandiosa y florida entrada á las aulas la inmortal *escuela de párvulos*.

§ II.

Consideraciones acerca de la enseñanza en México.

La historia de México comprende tres épocas: la azteca (1325 á 1521); la Colonial (1521 á 1821), y la de los Estados Unidos Mexicanos (1821 á nuestros días); las tres estrechamente enlazadas, pero constituyendo tres agrupaciones humanas radicalmente diversas en su modo de ser social; y como la enseñanza es no sólo un resultado del estado social, sino á la vez un poderoso factor para su progreso, por demás está el decir que cada una de estas épocas tiene caracteres propios, que procuraremos reseñar en las siguientes páginas.

1º

Epoca azteca.

La observación enseña que los seres colocados no muy alto en la escala zoológica, ni tienen bien distintos muchos de sus órganos, ni por lo mismo bien especificadas las funciones correspondientes, y de la misma manera los organismos sociales no en perfecto desarrollo, carecen de ciertas actividades especiales y asimismo de los elementos materiales para efectuarlas.

En este caso se encontraba la *nación azteca* constituída por

un pueblo en vía de formación, aislado de la parte más culta de la humanidad, y sólo rodeado de pequeñas agrupaciones casi todas inferiores á él. En tal concepto no tenía, ni podía tener, organización escolar, en lo que hoy entendemos por ello, pero sí tenía modos de enseñar en relación con su manera de ser política y social.

Como todos los pueblos jóvenes, creía que dedicándose á preparar directamente á los jóvenes para las funciones elevadas, llegaba más pronto á su objeto, haciendo poco caso de la enseñanza elemental (que es base inconmovible de todo perfeccionamiento ulterior), y por eso se ve que á los jóvenes y á los adultos se dirigía con preferencia la enseñanza.

a. Educación física.—Tres puntos principales abarcaba ésta: la alimentación, la danza y el canto. A esto se agregaba para los jóvenes el manejo de las armas, y para las jóvenes los trabajos domésticos.

Llama la atención la rigidez y el recto criterio con que ordonaban lo relativo á la alimentación. Esta consistía en pocos alimentos nada ó poco condimentados, pero nutritivos y bien repartidos. De aquí resultaba que eran sobrios, y que no dando sino el quehacer indispensable al aparato digestivo, quedaba mayor fuerza vital disponible para los sistemas muscular y nervioso. Este régimen por sí solo, basta para explicar la majestuosa figura de Cuauhtemoc, último vástago real de la tribu azteca, y caudillo insigne é imperial guerrero que heroicamente descendió al ocaso de su grandeza al opacarse y desaparecer la de su muy amada patria.

Fácil es percibir que tanto la danza como el canto tenían como resultado inmediato el mejoramiento físico, pues por la primera había desarrollo muscular, y por el segundo cierta ampliación torácica. Además, los jóvenes adquirían fuerza al manejar el dardo y la macana.

b. Educacion intelectual.—Careciendo aquel pueblo de alfabeto, hubo de recurrir á otros medios para extender la enseñanza de su historia y de sus principios y reglas sociales.

Sus danzas y cantos sagrados, al par que vigorizaban á sus hijos físicamente, les sirvieron de medio para conservar y transmitir los hechos de sus antepasados, y por lo mismo constituían una enseñanza intelectual. Esta enseñanza era corroborada por el conocimiento y la interpretación de sus jeroglíficos. La enseñanza astronómica se hacía con escrupuloso cuidado, y no menos la de su rudimentaria aritmética, á cuyo aprendizaje daban esos pueblos grande importancia.

c. Educación moral.—El régimen á que eran sometidos los educandos, lo bien dirigido de su alimentación y la dureza y severidad de las penas con que castigaban á los infractores de sus preceptos, constituían una excelente disciplina, discretamente auxiliada por la instrucción moral, que se daba principalmente en el recinto de sus templos.

d. Establecimientos de enseñanza.—Había dos clases de escuelas, digámoslo así, destinadas á los mancebos, ambas agregadas ó formando parte de los templos. A la primera denominaban *Calmecac*, y era una especie de colegio para nobles, á que asistían los hijos de los principales funcionarios del Imperio, instruyéndose bajo la dirección de sus sacerdotes en su complicado ritual religioso. La segunda era el *Telpuchcalli*, especie de escuela mixta, donde asistían los jóvenes de uno y otro sexo, pertenecientes á la clase media, para recibir una enseñanza semejante á la de la otra escuela, si bien mucho menos extensa; en cambio para los varones la instrucción militar era preponderante.

Tal era, en brevísimo resumen, la enseñanza entre los aztecas, que á cambio de una disciplina feroz, fiel trasunto de su bárbara religión, ofrecía los hechos fundamentales, tanto de carácter físico como intelectual, que á la larga hubieran sido fructuosos para el desarrollo y perfeccionamiento de aquel pueblo.

2º

Epoca colonial.

El 13 de Agosto de 1521, al destruir la espada de Cortés al ya entonces poderoso Imperio Azteca, constituyó una nueva nacionalidad, la nacionalidad mexicana. Desde este instante, tendió á fundir en una sola dos agrupaciones políticas radicalmente diversas, no tanto como razas, sino como organismos sociales. Como era natural, no entraba en los designios del conquistador la enseñanza propiamente dicha para el pueblo subyugado, pues su propósito casi único en los primeros momentos fué dominar y explotar, lo primero por sólo la fuerza, y lo segundo por la fuerza y la superioridad intelectual. Pero muy poco después de iniciado este nuevo régimen, como manantial inagotable para el conquistador y fuente henchida de desgracias inmediatas para el conquistado, vinieron por fortuna al seno de esta nueva entidad social doce franciscanos, para cuyo elogio no hay frases suficientemente expresivas, pues aun la palabra *santo* es débil para decir lo que fueron para la patria de *Cuauhtemoc* y para el mundo entero. Pero por grande que fuese la fe y el trabajo de estos inimitables varones, que venían en nombre de Cristo, y llenos de amor á salvar las almas de los nuevos conquistados por medio de la instrucción, ¿qué podían ser, repito, estos doce apóstoles para la inmensa muchedumbre de aquellos á quienes habían de instruir? Agréguese á esto la enorme dificultad que les opuso la múltiple variedad de idiomas y dialectos de las poblaciones indígenas, y que sólo á fuerza de constancia é infinita labor llegaron á vencer y dominar, legándonos vocabularios y gramáticas de casi todos ellos. Pero todavía hubo más: organizada en su parte principal la colonia, á los inferiores se les sometió á la esclavitud, y á los que venían de allende el Atlántico y formaban el grupo directivo se les impuso la Inquisición. De esta mezcla de unción evangélica de unos, y de atroz tiranía de otros; del de-

seo de hacer subir á la raza conquistada, y de la necesidad de tenerla dominada, nació un especial orden de cosas, que si bien fué esencialmente religioso, fné á la vez el reflejo de la nación dominadora, participando de las tendencias de la época.

Pero como si estos cuatro formidables obstáculos no fueran bastante poderosos para dificultar en sumo grado la práctica de la enseñanza, hubo otro, nefando por su propia naturaleza, que consistió en que, según la opinión interesada y egoísta de una gran parte del grupo directivo de la nueva nacionalidad, no era ni útil ni conveniente instruir á las masas indígenas, bastándoles el convertirlas á la religión de Cristo; así fué como en un principio procuraron los pésimos gobernantes anteriores á la llegada de la muy ilustre segunda Audiencia oponerse tenazmente á la obra civilizadora de los inmortales misioneros. Teniendo en cuenta todas estas circunstancias, y sabiendo que para el buen desempeño de la enseñanza, se exige del que á ella se dedica que le consagre todo su tiempo y toda su atención, y que aquellos apóstoles no podían dedicarle sino una parte de la tarea que como religiosos tenían, su obra aparece verdaderamente admirable, grandiosa y trascendental, pues llegaron por su abnegación, su fe y su caridad á instruir á algunos, á convertir á muchos y á amparar á todos.

Al lado de sus primitivos conventos hicieron edificar aquellos insignes varones unas casas á manera de colegios, en los cuales y mientras no tuvieron conocimientos en los idiomas del país, la instruccion se redujo á darles á entender por medio de señas y por medio de pinturas los principales misterios del Cristianismo. Pero convencidos de la ineficacia de este recurso, dedicaron todo su empeño á instruirse en la lengua del país, y para eso familiarizáronse con los niños, y tomando parte en sus juegos fueron adquiriendo poco á poco diversas palabras, cuyo significado apuntaban y confrontaban entre sí: uno de aquellos niños, maestro de los misioneros, llegó á ser un notable é insigne varón con el nombre de Fray Alonso de Molina. En cuanto lograron vencer esta dificultad de la falta de

un idioma común, procuraron con igual empeño ver concurridas sus escuelas, y pidieron á los caciques y principales señores que les llevasen sus hijos para doctrinarlos, y como no viesen obsequiados sus deseos, pues la concurrencia de niños era muy pequeña, ocurrieron á la autoridad á fin de que por su medio fuesen apremiados los principales señores á enviar á sus hijos á las dichas escuelas (bien puede considerarse esto como la primera tentativa de enseñanza obligatoria). Muchos de los Señores, no queriendo separarse de sus hijos, ni tampoco desobedecer la orden, enviaban en lugar de ellos los hijos de sus criados y servidores; pasado algún tiempo de esta incorrecta sustitución hubieron de advertir que, debido á la educación, los hijos de sus criados llevaban ventaja grande á los suyos propios, y esto hizo que desde ese momento los enviaran con cierto apremio á aquellos primitivos y memorables establecimientos escolares.

Sobre las de todos estos beneméritos de la humanidad se destaca la figura radiante del insigne lego flamenco Fray Pedro de Gante, más noble á nuestros ojos por su inimitable obra, que por el muy ilustre origen que se le supuso, basándose quienes le creyeron hijo de reyes, en el aprecio que siempre le tuvo Carlos Quinto. A este apóstol franciscano se le debió la fundación de la primera escuela primaria en el continente americano, fundación que hizo en la ilustre Texcoco en el año de 1522. Pero su egregia labor se ostenta con inconmensurable magnitud en la gran escuela de San Francisco, que fundó en México y que dirigió y engrandeció durante medio siglo. Fué construído el edificio detrás de la iglesia del convento, dirigiéndose hacia el Norte y contiguo á la capilla de San José de Belem de Naturales. El número de alumnos llegó hasta mil, divididos en dos grandes grupos, que recibían educación religiosa y civil. Estudiaban los primeros la doctrina, la lectura y la escritura, y también latín, la música y el canto; y los segundos la pintura, la escultura, el bordado y diversos trabajos mecánicos, que formaban en conjunto una especie de escuela de

Bellas Artes, de oficios y en cierto modo *normal*. A todos atendía, á todos enseñaba este lego insigne, que con indomable energía y ardiente caridad levantaba desde sus cimientos y sostenía tantos años una magnífica iglesia, un hospital y un gran establecimiento, que era al mismo tiempo escuela de primeras letras, colegio de instrucción superior y de propaganda, academia de Bellas Artes y oficios, y un centro, en fin, de civilización, como con tanta justicia dice el ilustre García Icazbalceta.

El 6 de Enero de 1536 el Obispo Zumárraga fundó para indios el famoso colegio de Tlaltelolco, contiguo al convento de los franciscanos. Inaugurado con sesenta alumnos, su número fué creciendo sucesivamente. Se enseñaba allí la religión, las buenas costumbres, lectura, escritura, gramática latina, retórica, filosofía, música y medicina mexicana, y contando en su profesorado un grupo verdaderamente selecto de sacerdotes ilustrados, difundió la enseñanza y llegó á producir grandes maestros de lengua mexicana.

También Zumárraga fundó en Texcoco una escuela para niñas, que fué servida por seis beatas que vinieron expresamente de España con ese objeto, y no transcurrió mucho tiempo sin que los numerosos discípulos del padre Gante fuesen estableciendo distintas escuelas en los pequeños pueblos de la diócesis.

El cruzamiento de las razas española é indígena dió origen á la raza mestiza, cuyos vástagos, como hijos de madres pobres y de padres de muy poca moralidad, cayeron por desgracia en un abandono tal, que los que no morían miserablemente en la infancia, vivían ociosos y vagabundos y en triste mendicidad. El mal era tan grande y crecía tan sin cesar, que por real cédula de 1553 el Gobierno dispuso que esos mestizos fueran recogidos, ordenándose que á aquellos cuya filiación fuese conocida los sustentaran y ampararan sus propios padres, y á los que en esa circunstancia no se encontrasen se les recogiese y sostuviese por la autoridad. La ejecución de este man-

dato fué la causa de que el Virrey Mendoza fundase el colegio de San Juan de Letrán, que se estableció en un local que frente á su convento tenían los franciscanos, destinado para hospital de niños indios. A este colegio fueron á dar no sólo los mestizos abandonados, sino también otros muchos jóvenes que enviaban sus padres para que aprendiesen la doctrina cristiana, las buenas costumbres y á leer y escribir. Dotado el colegio por el Rey con una pequeña renta, los jóvenes allí instruídos, salían á formar colegios semejantes en distintos puntos de la Nueva España. En este colegio había en realidad dos grupos: el de los que no mostraban gran capacidad, y eran dedicados á aprender un oficio y las primeras letras, todo en tres años; y el de los de suficiente ingenio y además virtuosos, á los cuales se les destinaba á seguir la carrera de las letras durante siete años.

También se fundó un extenso asilo para las niñas, en el que, rigurosamente vigiladas, aprendían la religión cristiana, la costura, el bordado y otros varios quehaceres propiamente mujeriles. En este asilo, que recibió el nombre de *Colegio de Santa María de la Caridad*, las niñas, que habían de ser huérfanas para ser á él admitidas, se les proporcionaba una enseñanza práctica y doméstica, á fin de que, como decían los fundadores, "estando hábiles en lo espiritual y lo corporal, las saquen para casar y ponerlas en orden de vivir," examinando antes si quien las pretendiese "es persona que la podrá sustentar y no dejarla perdida." Tan benéfica institución, que llegó hasta nosotros con el nombre de *Colegio de Niñas*, en la calle de su nombre, fué establecida por la Cofradía del Santísimo Sacramento el día 30 de Julio del año de 1548.

Por esa época empezaron á ejercer el profesorado en todo su carácter de maestros, diversos individuos que principalmente enseñaban la doctrina cristiana, y á leer y escribir. Entre esos profesores se hizo notable por sus lecciones de gramática en 1550 el Dr. Cervantes Salazar.

En 1540 fué fundada en Tiripitío por los agustinos una casa formal para estudios.

El 21 de Septiembre de 1551 el Príncipe, que más tarde fué Felipe II, expidió la real cédula creando la Universidad en México, y el Virrey D. Luis de Velasco la inauguró solemnemente el 25 de Enero de 1553, con los mismos estatutos y disfrutando los mismos privilegios que la de Salamanca. Las cátedras se fueron estableciendo sucesivamente, siendo nombrado rector Rodríguez de Quesada.

El 1º de Noviembre de 1573 el Dr. D. Francisco Rodríguez Santos fundó el colegio de Santa María de Todos Santos, dotándolo con diez becas destinadas á jóvenes que fuesen al mismo tiempo que muy pobres, distinguidos.

El 1º de Enero de 1573, el padre jesuíta Pedro Sánchez fundó un Seminario con el título de San Pedro y San Pablo. Varios ricos lo dotaron con ocho becas á 100 pesos oro cada uno, siendo su primer rector el Licenciado Jerónimo López Ponce. Las becas ascendieron á treinta poco después, y también se recibieron pensionistas; con ello llegó á ser insuficiente el local, y se le agregaron en 1575 y 76 los pequeños seminarios de San Miguel, San Bernardo y San Gregorio: algún tiempo después quedaron todos ellos, con excepción del de San Gregorio, que en un principio estuvo destinado para sólo los indígenas, bajo la dirección de los jesuítas, y al fin vinieron á refundirse en el de San Ildefonso.

Ruiz. Antonio? alonso

En 1575 Fray Antonio de la Vera-Cruz, verdadera lumbrera de su siglo, fundó el gran colegio de San Pablo, construyó el edificio, formó las constituciones y reunió selecta librería, siendo el principio de ella sesenta cajones de libros que exprofeso trajo desde España, aumentándola sin cesar con nuevos libros, instrumentos científicos, mapas y esferas.

También debe citarse por su importancia para la instrucción, el hecho de que los jesuítas enviaron á varios individuos de la Compañía á estudiar el mexicano y el otomí, radicándose para este fin en Huisquilucan y Tepotzotlán, donde se estableció el colegio de San Martín, para la carrerra eclesiástica.

En esta época también, los jesuitas fundaron colegios en

Pátzcuaro; en la misma Morelia el que se llamó de San Nicolás; en Oaxaca; en Puebla el muy famoso llamado de la Compañía, con fecha 9 de Marzo de 1579; en Veracruz; en Zacatecas, y por último en Guadalajara: á este último, y por carecer de recursos para darle grandes proporciones, le denominaron simplemente Casa de Estudios.

Otro de los poderosos medios puestos al servicio de la instrucción fué el de la imprenta, que introdujo en México el primer Virrey D. Antonio de Mendoza, al llegar en 1535 á nuestro país, que fué el primero del Nuevo Mundo que gozó de este beneficio. En aquella imprenta hizo el Obispo Zumárraga publicar algunos libros en idioma mexicano, lengua en la que llegaron á ser doctísimos los insignes misioneros franciscanos.

A esto hay que agregar un libro de doctrina escrito en mexicano, por el incomparable padre Gante, impreso en Amberes en 1528.

Entre las imprentas deben ser señaladas por su influencia más directa en la enseñanza, la del colegio de Tlaltelolco y la de San Ildefonso.

También es preciso decir que los eclesiásticos no sólo poseían el mexicano, sino el otomí, el tarasco, el zapoteca, el maya y otros muchos idiomas y dialectos indígenas.

Como se ve por lo dicho hasta aquí, el espíritu y el objeto de la enseñanza en la época colonial, fueron esencialmente religiosos, lo cual no podía ser de otra manera. Los conquistadores militares, incapaces de dar una instrucción que en su mayor número no poseían, sólo cuidaron de conseguir el éxito material de su empresa, usando y aun abusando de la fuerza y de la opresión. Para dulcificar esa opresión y amparar á la raza conquistada vinieron en hora fausta los sacerdotes misioneros, formando los primeramente llegados un meritorio é inolvidable grupo de varones verdaderamente ejemplares, imbuídos en la doctrina de Cristo; de acuerdo con esta doctrina, los misioneros veían á las unidades sociales de la nueva nacionalidad no como cuerpos á quienes se debía subyugar, sino como almas